

SALLIE NICHOLS

Jung y el Tarot

Un viaje arquetípico

Prólogo de Mary K. Greer



Kairós

Sallie Nichols

JUNG Y EL TAROT

Un viaje arquetípico

Prólogo de Mary K. Greer

Introducción de Laurens van der Post

editorial **K**airós

A Culver Nichols

Mi agradecimiento a los siguientes amigos que me ayudaron a emprender este Viaje y sin cuyo consejo y aliento nuestro barco nunca hubiera llegado a puerto: Janet Dallet, Rhoda Head, Ferne Jensen, James Kirsch, Rita Knipe, Claire Oksner, Win Sternlicht, William Walcott y Lore Zeller.

Título original: JUNG AND TAROT

Traducción: Pilar Basté

Traducción del Prólogo, Glosario y Agradecimientos: David González

© 1980, 2019 by Sallie Nichols

© Prólogo by Mary K. Greer

© de la edición española:

1988, 2020 by Editorial Kairós, S.A.

www.editorialkairos.com

Composición: Pablo Barrio

Primera edición en papel: Marzo 1989

Primera edición en digital: Septiembre 2022

ISBN-10: 84-7245-191-7

ISBN-13: 978-84-7245-191-9

ISBN epub: 978-84-1121-112-3

ISBN kindle: 978-84-1121-113-0

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total ni parcial de este libro, ni la recopilación en un sistema informático, ni la transmisión por medios electrónicos, mecánicos, por fotocopias, por registro o

por otros métodos, salvo de breves extractos a efectos de reseña, sin la autorización previa y por escrito del editor o el propietario del *copyright*.

ÍNDICE

Prólogo, *de Mary K. Greer*

Introducción, *por Laurens van der Post*

1. Introducción al Tarot
2. Mapa del viaje
3. El Loco: En el Tarot y en nosotros
4. El Mago: Creador y tramposo
5. La Papisa: Sacerdotisa del Tarot
6. La Emperatriz: Señora, Gran Madre y reina del cielo y la tierra
7. El Emperador: Padre de la civilización
8. El Papa: El rostro visible de Dios
9. El Enamorado: Víctima del error dorado de Cupido
10. El Carro: Nos lleva a casa
11. La Justicia: ¿Existe?
12. El Ermitaño: ¿Hay alguien ahí?
13. La Rueda de la Fortuna: ¡Socorro!
14. La Fuerza: ¿De quién?
15. El Colgado: Intriga
16. La Muerte: El enemigo
17. La Templanza: Alquimia celestial
18. El Diablo: Ángel oscuro
19. La Torre de la Destrucción: El golpe de liberación

20. La Estrella: Un rayo de esperanza
21. La Luna: ¿Doncella o amenaza?
22. El Sol: Centro radiante
23. El Juicio: Una llamada
24. El Mundo: Una ventana a la eternidad
25. Sobre cómo echar las cartas

Glosario

Agradecimientos

Referencias

Mapa de viaje en color

PRÓLOGO

Compré con gran ilusión *Jung y el Tarot: Un viaje arquetípico* apenas se publicó, hace ya cuarenta años. Desde entonces lo he leído unas cuantas veces y, en la última de ellas, me he dado cuenta de cómo me han influido muchas ideas sobre las cartas que encontré en este libro. Me gusta pensar que *Jung y el Tarot* es el libro que, de haber tenido tiempo, a Carl Jung le hubiese gustado escribir. No se trata de un libro que se ocupe de detallar los conceptos junguianos, aunque no tenga problema alguno en mencionarlos, ni pretende enseñar el modo de emplear el tarot en el análisis junguiano, sin embargo el lector interesado encontrará aquí ejercicios recomendados y ejemplos de las lecturas realizadas por Nichols para sí mismo y para sus clientes.

Este es un libro sobre arquetipos, especialmente sobre los arquetipos personificados en los arcanos mayores del tarot. Subraya la similitud existente entre estas cartas, los mitos y las obras de arte, las figuras intelectuales y los movimientos culturales contemporáneos; una similitud que pone de manifiesto las fuerzas que operan en la psique individual y en las circunstancias que rodean nuestra vida. Nichols nos muestra además el modo de acercarnos a *cualquier* mazo del tarot a través de los arquetipos

utilizando los métodos junguianos de la asociación libre, la imaginación activa y el diálogo.

Yo me sentí atraída por el tarot en la universidad en 1967, gracias a la baraja de Rider-Waite-Smith, que despliega el simbolismo arquetípico y las ideas de Jung y Joseph Campbell con las que, por aquel entonces, acababa de familiarizarme. En 1980 llevaba siete años enseñando tarot en la universidad y, aunque utilizásemos barajas diferentes, di la bienvenida a su obra porque «hablaba en mi lenguaje». Desde entonces, he escrito ocho libros sobre el tarot y lo he enseñado en todo el mundo. Como integrante de un grupo de estudio de textos basados en las teorías junguianas que se reúne tres veces al mes desde hace veinte años, he proseguido con mi estudio sobre los materiales y las perspectivas junguianas relacionadas con el tarot.

Nichols nos ha legado una aproximación junguiana al tarot semejante a la de algunos de los grandes expositores del canon junguiano como Marie-Louise von Franz, Esther Harding y Robert Johnson, entre otros. Es una auténtica maestra en la técnica junguiana de la *amplificación*, que consiste en ampliar una imagen o un símbolo arquetípico y contemplarla desde diferentes perspectivas para descubrir el tipo de fuerzas que operan en su interior y recuperar su plenitud original.

Aunque no había sido formada como psicoanalista, Nichols fue a Zúrich en varias ocasiones para someterse a su propio análisis y asistir a conferencias impartidas por

Jung, su esposa Emma y otros. Durante cinco años fue editora asociada de *Psychological Perspectives: A Quarterly Journal of Jungian Thought*, brazo editor del C.G. Jung Institute de Los Ángeles. Nichols trabajó en su libro desde 1974 hasta 1980. Durante esos años pronunció varias conferencias en el C.G. Jung Institute sobre muchos de los capítulos dedicados a los arcanos mayores (o triunfos). También se dedicó profesionalmente a la lectura del tarot, pero no de manera predictiva, sino de un modo que hoy calificaríamos como terapéutico o personal.

Nichols, una californiana que vivía en Palm Springs, murió poco después de que su libro viese la luz. Antes de escribir el prólogo de esta nueva edición, tuve la ocasión de entrevistar a Claire Cohn (anteriormente Oksner), que la conocía y me la describió como una persona muy divertida y que poseía una gran alegría de vivir y un extraordinario sentido del humor sin dejar de ser, por ello, inquisitiva, sabia, amable y muy seria en su trabajo. Cohn recordó que Nichols y Lawrence van der Post, el autor de la introducción de su libro, se reían muchas veces a carcajada limpia. Nichols podía ser extraordinariamente compasiva y sabía de forma intuitiva cuándo alguien necesitaba un empujón. Vivía y amaba el tarot y consideraba las cartas como personas reales. A finales de la década de los 1960, mientras escribía este libro, estaba muy interesada en las experiencias de los jóvenes y en la revolución cultural que estaba teniendo lugar en los Estados Unidos.

El manuscrito fue rechazado por todos los editores a los que Nichols se lo presentó, pero, finalmente, Claire Cohn (exdirectora de la librería, la biblioteca y el archivo de imágenes del C.G. Jung Institute de Los Ángeles) se llevó consigo el manuscrito a Nueva York y se lo enseñó a Samuel Weiser, quien reconoció su valor y decidió publicarlo sin tocar una sola coma porque, según dijo, «¡Me parece perfecto como está!». La dedicatoria que Nichols le escribió a Claire Cohn en su ejemplar del libro decía: «A nuestra astuta chica, que sacó el manuscrito del corazón oscuro de la introversión, lo colocó bajo los focos de Broadway y le dio vida».

El propósito de Nichols era estudiar secuencialmente los 22 arcanos con el fin de descifrar el camino que conduce a la autorrealización. Para ello centró su atención en la esencia de lo que cada triunfo tiene que decirnos, poniendo de manifiesto los estratos más profundos de la psique. Para ello eligió el tarot de Marsella, que trasciende lo personal, como si las cartas apareciesen espontáneamente sin autor ni texto. Como las imágenes alquímicas del *Mutus Liber* (el *Libro mudo*), el tarot nos ofrece una «canción sin palabras» que estimula la imaginación y evoca sentimientos e intuiciones que reclaman una comprensión del efecto que tienen los símbolos en la psique humana.

Este libro nos zambulle en «el confuso y caótico reino del inconsciente en el que los significados simbólicos son interminables» y todas las figuras del tarot representan un tipo de poder que está activo en nosotros. Nichols nos

invita a aproximarnos a las cartas como si de un sueño se tratara, utilizándolas para proyectar deliberadamente en el exterior nuestro mundo interno con el objetivo de aumentar nuestro autoconocimiento.

Para que su visión del tarot interesara a sus lectores, Nichols ilustró los símbolos arquetípicos atemporales con ejemplos culturales de los años setenta de un modo que quizá hoy nos parezca algo obsoleto. No olvidemos que estas descripciones son meros trampolines para la imaginación. Nichols, por ejemplo, equipara al Loco con el hippie errante y despreocupado, aunque, medio siglo después, quizá sería más adecuado personificarlo como un sintecho. También identificaba a la Papisa con la mujer decidida a seguir los dictados de su vocación, aunque ello supusiera sacrificar la seguridad conyugal y exponerse a soportar «la soledad y la humillación», una imagen poderosa de lo femenino, aunque una persona del siglo XXI quizá prefiera verla como una personalidad introvertida que valora la intuición y el trabajo interior por encima de las interacciones centradas en el exterior y las modalidades racionales de percepción. Por ello recomiendo al lector que cada vez que -durante la lectura de este libro- tenga una fuerte reacción emocional, haga un alto y se pregunte: «¿Cuál sería, para mí, el ejemplo que mejor ilustraría este arquetipo?».

Sería negligente por mi parte no mencionar que casi todo lo que dice Nichols sobre la historia del tarot es inexacto. Comencemos diciendo que el tarot se originó en algún

momento entre 1420 y 1440 en el norte de Italia, probablemente en la corte de Milán, Ferrara o Florencia, para crear un juego de naipes. Estos arcanos se añadieron entre sesenta y setenta y cinco años después de que el primer juego de cartas se expandiera por toda Europa. El caballero fue una cuarta adición a las tres anteriores «cartas de cara» (llamadas también cartas de la corte), aunque existen, entre sus primeras versiones, algunas diferencias. Sabemos muy bien lo que significaban las imágenes del tarot desde la Alta Edad Media hasta la primera cultura italiana del Renacimiento. A esto apunta Nichols cuando cita la teoría de Gertrude Moakley esbozada en *The Tarot Cards Painted by Bembo*, que considera el origen de los arcanos como adaptaciones de ilustraciones al poema de Petrarca *Los triunfos*, en el que las virtudes y los principios cosmológicos reinan por encima de todo en un ordenamiento que reproducía el de las procesiones.

Aunque en sus inicios hay unos pocos indicios del empleo de las cartas del juego y del tarot con propósitos adivinatorios y esbozos del carácter (en los poemas llamados *tarocci appropriati*, por ejemplo), las verdaderas prácticas de «lectura», tal como hoy las conocemos, no hacen acto de presencia hasta finales del siglo XVIII. Entonces es cuando Antoine Court de Gébelin y Etteilla (alias de Jean Batista Alliette) escribieron sobre el tarot y la adivinación y pergeñaron historias infundadas, según las cuales el tarot llegó a Europa de manos de gitanos

procedentes de un lugar místico originario de Egipto. Tampoco hay la menor evidencia de que el tarot lo creasen los cabalistas judíos o cristianos o los cátaros albigenses.

Carl Jung y el tarot

Pocas cosas tenía que decir Carl Jung sobre el tarot. Su primera mención al respecto es del 16 de septiembre de 1930, cuando escribió a la señora Stein: «Sí, conozco el Tarot. Por lo que sé, se trata de un juego de cartas originalmente utilizado por los gitanos españoles, son las cartas más antiguas conocidas históricamente y todavía se emplean con propósitos adivinatorios». Esta cita, aunque equivocada en todos los sentidos, evidencia el temprano interés de Jung por el tarot, que poco tiempo después acabó ampliando:

Parece como si el conjunto de imágenes que componen las cartas del tarot fueran descendientes lejanas de los arquetipos de transformación, una visión que me ha sido confirmada en una conferencia muy ilustrativa del profesor [Rudolph] Bernoulli. El proceso simbólico es una experiencia en las imágenes y de las imágenes. Su desarrollo suele presentar una estructura enantiodroma como el texto del *I Ching* y presenta una alternancia entre lo negativo y lo positivo, la pérdida y la ganancia y la luz y la oscuridad.¹

En marzo de 1933, Carl Jung habló sobre el tarot durante un seminario que impartió sobre la imaginación activa. Hablando del juego de cartas y de sus cuatro palos, dijo que el rojo y el negro simbolizan los opuestos y la división en cuatro –picas, tréboles, diamantes y corazones–

pertenece al simbolismo de la individuación. Se trata de imágenes psicológicas, de símbolos con los que uno juega del mismo modo en que el inconsciente parece jugar con sus contenidos. Esos símbolos se combinan de un modo que se corresponden con el despliegue lúdico de los acontecimientos en la historia de la humanidad. Jung llega a describir los arcanos del tarot como veintiuna cartas en las que hay símbolos o imágenes de situaciones simbólicas.

Estas son ideas de carácter arquetípico y diferenciado que se entremezclan con los constituyentes ordinarios del flujo del inconsciente. Por tanto, son aplicables a un método intuitivo que busca comprender el flujo de la vida y posiblemente aspira a la predicción de acontecimientos futuros. Un método, en todo caso, proclive a la lectura de las condiciones del momento presente.

La única carta concreta de la que Jung habló fue la del Diablo:

Hay en el tarot una figura hermafrodita llamada el Diablo que, en la alquimia, podría ser el oro. Dicho en otras palabras, se trata de un intento que aspira a la unión de los opuestos, una unión que, a la mentalidad cristiana, se le antoja diabólica, algo malo que no está permitido, algo perteneciente al dominio de la magia negra.²

En 1950, Jung pidió a cada uno de los cuatro miembros de su Club Psicológico explorar «un método intuitivo y sincrónico» de la astrología, la geomancia, las cartas del tarot y el *I Ching*. Consideraba que el antiguo tarot de Marsella de Grimaud (utilizado aquí por Sallie Nichols) era la única baraja que poseía las propiedades y satisfacía los requisitos metafóricos que había entrevisto en los textos alquímicos. Hanni Binder tenía que investigar con el tarot y

aprender a leer las cartas, pero no fue más allá de recopilar un par de páginas de notas de Jung que se conservan en el Jung Institute de Nueva York. Consisten en un breve resumen del significado de los arcanos mayores tomados del *Tarot de los bohemios* de Papus junto a unas pocas palabras dictadas por Jung que subrayan la relación existente entre algunos aspectos de la psique y el proceso de individuación. Estos son los únicos indicios que tenemos de la dirección del pensamiento de Jung relativo a las cartas.

Los comentarios de Jung muestran que no había establecido muchas asociaciones evidentes, exceptuando las que relacionan los cuatro palos con sus cuatro funciones (véase el «Glosario»), que él definió del siguiente modo: cartas masculinas: bastos = libido; espadas = fuerza espiritual; cartas femeninas: oros = material, y copas = sentimiento. Estas asociaciones son resumidas hoy en día por la mayoría de los lectores del tarot influidos por Jung del siguiente modo: bastos = intuición; espadas = pensamiento; copas = sentimiento, y oros = sensación.

En *Psyche and Matter*, Marie-Louise von Franz describió los planes de Jung para su «gran experimento», al que tuvo que poner fin por contar con muy pocos compañeros de trabajo y muchos menos medios. Ella esperaba que los resultados del examen de un accidente o de un acontecimiento traumático mediante las cuatro técnicas adivinatorias mencionadas convergerían poniendo de relieve una pauta de relación conscientemente reconocible

que revelaría lo que el *Self* pensaba sobre ese incidente concreto.

Gracias a las muchas referencias de Sallie Nichols a óperas, obras de teatro, mitos, pinturas y esculturas, así como a datos procedentes de las noticias y la cultura, podemos ir más allá de las asociaciones establecidas por nuestro marco de referencia cultural. Sigamos su ejemplo para descubrir significados simbólicos relevantes para todo el mundo y lecciones relativas a la condición humana y a los estados y actitudes psicológicas que pueden conducirnos a la comprensión personal.

A modo de regalo, Nichols insiste en la importancia de técnicas junguianas como la asociación de palabras, la imaginación activa (o creativa) y el diálogo. Emplea estas técnicas experienciales para descubrir el «oro» personal de nuestro propio proceso alquímico, trayendo a la luz materiales procedentes de las profundidades inconscientes del *Self*. Este libro nos ayudará a emplear el tarot como un mapa interactivo en nuestro propio viaje arquetípico.

MARY K. GREER

INTRODUCCIÓN

Una de las principales fuentes de dificultad que existe en comprender la naturaleza y magnitud de la contribución que Jung aportó a la vida de nuestro tiempo, se debe a que tanto sus seguidores como sus discípulos creen que el interés principal se halla en lo que llamó el «inconsciente colectivo» en el hombre. Es verdad que fue el primero en descubrir y explorar el inconsciente colectivo, y darle una importancia y un significado verdaderamente actuales. Pero, en última instancia, no fue el misterio de este inconsciente universal en la mente del hombre, sino un misterio mucho mayor, lo que obsesionaba a su espíritu y le condujo hacia esta investigación, y esto era el misterio de la consciencia y su relación con el gran inconsciente.

No es sorprendente, pues, que fuera él el primero en establecer la existencia de la mayor y más significativa de todas las paradojas: el consciente y el inconsciente existen en un estado de profunda interdependencia y el bienestar de uno es imposible sin el bienestar del otro. Si alguna vez la conexión entre estos dos grandes estados del ser se debilita o se desequilibra, el hombre enferma y su vida pierde significado. También, si se interrumpe el flujo de un estado a otro, el espíritu humano y la vida en la tierra caen en el caos y en la negra noche. Por lo tanto, para Jung la

consciencia no es, como por ejemplo para los positivistas lógicos de nuestro tiempo, meramente un estado racional e intelectual de alma y del espíritu. No es algo que dependa solamente de la capacidad de articulación del hombre como sostienen algunas escuelas de filosofía moderna, hasta el extremo de pretender que lo que no se puede articular verbal y racionalmente, carece de significado y no merece ser expresado. Por el contrario, demostró empíricamente que la consciencia no es sólo un proceso racional y que el hombre moderno precisamente está enfermo y desprovisto de sentido, debido a que desde hace siglos, desde el Renacimiento, ha perseguido cada vez más un desarrollo equivocado, bajo el supuesto de que la consciencia y los poderes de la razón son una y la misma cosa. Y cualquiera que crea que esto es una exageración, que considere el «Pienso, luego existo» de Descartes y podrá identificar inmediatamente el caos que esto provocó en Europa, conduciéndola hasta la Revolución Francesa, cómo inició una monstruosa primavera en la Rusia soviética y promovió la sumisión del espíritu creativo del hombre en lo que una vez fueron las ciudadelas del significado de la vida, a saber: las iglesias, los templos, las universidades y las escuelas de todo el mundo.

De su trabajo entre los así llamados «enfermos» y los cientos de «neuróticos» que acudían a él, Jung obtuvo pruebas de que la mayoría de estos desórdenes mentales los causaba un estrechamiento de la consciencia, y que cuanto más estrecha es y más racionalmente enfocada está

la consciencia del hombre, mayor es el peligro de oponer entre sí a las fuerzas universales del inconsciente colectivo, hasta el punto de que se levanten, por así decirlo, en rebelión, e invadan los últimos vestigios de una consciencia tan dolorosamente adquirida por el ser humano. La respuesta para él era clara: sólo trabajando continuamente en el incremento de su consciencia hallaba el hombre su mayor significado, así como la realización de sus valores más altos. Jung estableció, volviendo a su paradoja original, que la consciencia es el más profundo sueño del inconsciente y que tan atrás como uno pueda llegar siguiendo la huella del espíritu del hombre, allá donde se desvanece en el último horizonte del mito y de la leyenda, el hombre ha luchado incesantemente para adquirir una consciencia cada vez más amplia, a la que él prefirió llamar «darse cuenta» (*awareness*). Este darse cuenta, para él tanto como para mí, incluía todo tipo de formas de percepción irracionales, tanto más preciosas en cuanto que son los puentes que unen la inagotable riqueza de significado aún desconocido del inconsciente colectivo, siempre dispuestas a aportar los refuerzos que amplíen y confirmen el conocimiento del hombre comprometido en una campaña sin fin contra las exigencias de la vida en el aquí y el ahora.

Ésta es, quizá, una de sus más importantes contribuciones para una nueva y mayor comprensión de la naturaleza de la consciencia; solamente podía ampliarse y renovarse a medida que la vida pidiera dicha renovación y

ampliación; manteniendo sus líneas irracionales de comunicación con el inconsciente colectivo. Por eso tuvo en gran consideración todas las formas irracionales con que el hombre había tratado de explorar los misterios de la vida y había estimulado el conocimiento consciente del universo en expansión a su alrededor hacia nuevas áreas de conocimiento y de vida. Esto explica el interés que demostró, por ejemplo, por la astrología y el significado del Tarot.

Reconoció, como en muchos otros juegos y artes primordiales de adivinación de lo oculto y del futuro, que el Tarot tenía su origen y raíz en profundos modelos del inconsciente colectivo con acceso a potenciales de consciencia incrementada y que únicamente se adquirirían cotejando estos modelos.

Este reconocimiento fue otro de estos puentes irracionales que permitieron llevar día y noche, a través de la aparente escisión entre consciente e inconsciente, lo que debiera ser una corriente creciente de tráfico entre la oscuridad y la luz.

Sallie Nichols, en su profunda investigación sobre el Tarot y en su acertada exégesis del mismo como modelo de un intento auténtico de ampliación de las posibilidades de la percepción humana, ha realizado un inmenso servicio a la psicología analítica, que necesariamente ha descrito de una forma supersimplificada. Su libro nos enriquece y nos ayuda a comprender las enormes responsabilidades que la consciencia nos impone.

Además, en su libro ha hecho algo que la gente que dice conocer la gran obra de Jung a menudo no consigue. Jung, como persona profundamente intuitiva que era, se vio impulsado por su visión demoníaca a no detenerse en ningún aspecto particular de su visión. Se requería todo lo que él tenía de razón y el método de un dedicado científico, como él lo era, para conseguir la voluntad necesaria que le permitiera permanecer el tiempo suficiente en un estadio particular de su obra, a fin de establecer empíricamente su validez. Una vez hecho esto, tuvo que, por así decirlo, desmontar su carpa intelectual y enviar la caravana mental hacia el siguiente estadio de su viaje sin fin... Su espíritu, como era inevitable en una época tan peligrosa como la nuestra (un alma intuitiva le exhortaba), se sentía desesperadamente apresurado. Como resultado, casi todo lo que trabajó requiere ampliación y Sallie Nichols, en este libro, ha prestado un inmenso servicio a la psicología junguiana y a todos los que intentan servirla por la manera en que ha ampliado nuestro conocimiento del rol de una importante fuente de consciencia irracional. Además lo ha hecho de una manera nada árida y académica, sino como un acto de conocimiento que se deriva de su propia experiencia del Tarot y de sus luces extrañamente transparentes. Como resultado de todo ello, su libro no sólo vive, sino que infunde vida a quienes se ponen en contacto con él.

LAURENS VAN DER POST

1. INTRODUCCIÓN AL TAROT

El Tarot es un mazo de cartas de origen desconocido. Se le supone una edad aproximada de seis siglos y es el antecesor directo de nuestra baraja moderna. A través de las generaciones, estas figuras han disfrutado de muchas encarnaciones. Un testimonio de su vitalidad es que, a pesar de que hoy en día juguemos con las cartas que son sus hijas, el mazo paterno no se ha retirado todavía. En Europa central esta baraja se usa normalmente tanto para jugar como para practicar la adivinación. Hace pocos años que en América se ha cobrado conciencia de su interés, ya que, como las confusas imágenes que aparecen en nuestros sueños, los personajes del Tarot llaman constantemente nuestra atención. Cuando esto sucede, significa generalmente que hay aspectos de nuestra personalidad que quieren ser reconocidos. Sin duda alguna, los personajes del Tarot irrumpen en nuestra vida (al igual que lo hacen los personajes de nuestros sueños) para traernos mensajes de gran importancia, pero al hombre moderno, embarcado como está en una cultura de la palabra, le es difícil interpretar el lenguaje no verbal de estas imágenes. En los siguientes capítulos exploraremos juntos las vías de aproximación a estas misteriosas figuras en busca de chispas de luz que nos permitan entender su significado.

El viaje a través de las cartas del Tarot, es básicamente un viaje a nuestra propia profundidad. Cualquier cosa que encontremos en este viaje es, en el fondo, un aspecto de nuestro más profundo yo. Dado que el origen de estas cartas data de un tiempo en el que lo misterioso y lo irracional eran más reales que hoy, nos servirán de puente para llevarnos en busca de la sabiduría ancestral que todavía en nuestro interior. Una sabiduría muy necesaria en la actualidad, tanto para resolver nuestros problemas personales como para encontrar respuestas creativas a las preguntas universales que nos conciernen a todos.

Como las barajas modernas, el Tarot se compone de cuatro palos que contienen diez cartas numeradas: bastos, copas, espadas y oros, de las que proceden las picas, corazones, tréboles y diamantes de la baraja francesa o internacional. En la baraja del Tarot, cada palo tiene cuatro figuras: Rey, Dama, Sota y Caballero. Este último, un joven montado en un corcel, ha desaparecido de la baraja francesa, aunque no de la española, en la cual ha desaparecido la Dama.

El grabado que ilustra la página siguiente pertenece a una baraja de transición austríaca, esto es, un diseño intermedio entre el Tarot original y nuestra baraja moderna. Se puede ver un joven caballero y nos llama la atención que, aunque sigue montado, su emblema ha cambiado de oros a diamantes sin que él se apeara del caballo.

Esta carta es el símbolo de la rectitud de intención, de la cortesía y del coraje, y su desaparición en la baraja internacional puede indicar quizá la escasez de estos valores en nuestra psicología actual. El Caballero es importante, ya que necesitaremos su valor y su espíritu inquisitivo si queremos tener éxito en este viaje.

Igualmente significativa y misteriosa es la desaparición en nuestras barajas de los Triunfos o Arcanos Mayores, serie de veintidós figuras que no pertenecen a ninguno de los palos anteriormente citados. Cada una tiene un nombre intrigante: El Mago, El Emperador, El Enamorado, La Justicia, El Colgado, La Luna, etc... y también están numeradas. Puestas en secuencia, estos Triunfos parecen relatarnos algo. El objetivo de este libro será examinar las veintidós cartas y descifrar lo que nos sugieren.

Al igual que el *Mutus Liber* alquimista (que aparecerá más tarde), los Triunfos pueden verse como una historia muda de las experiencias que se encuentran en el camino de la autorrealización. La razón de cómo y por qué este tema se encarnó en lo que era y es esencialmente un juego, es algo que intriga desde siglos a los estudiosos de las cartas. Sólo uno de los Triunfos ha perdurado hasta nuestras cartas modernas: el Comodín o Joker. Este sujeto que tiene una vida tan variada en cada baraja, es el descendiente directo del Triunfo del Tarot llamado El Loco, a quien conoceremos pronto.

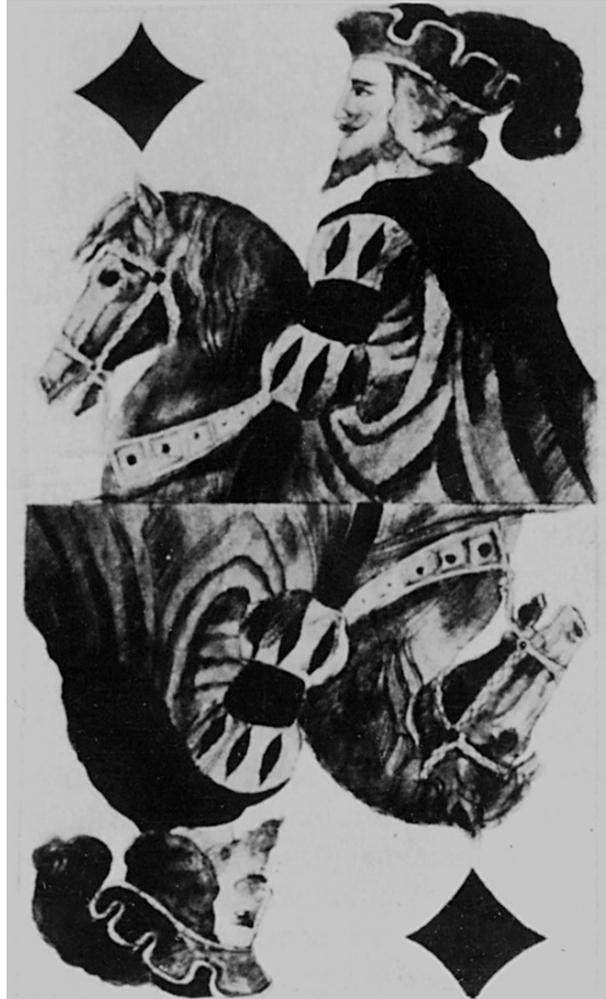


Fig. 1. Rey de diamantes

Existen muchas y diversas teorías sobre el origen de este Loco y de sus veintiún compañeros. Algunos creen que estas cartas son los estadios secretos de algún ritual iniciático egipcio; otros mantienen, y quizá con más probabilidad, que su origen está en Occidente. De esta opinión son, entre otros, A. E. Waite y Heinrich Zimmer, quienes creen que fueron concebidos por los albigenses, una secta gnóstica que floreció en Provenza durante el siglo XII. Se cree que probablemente se introdujeron entre

las cartas vulgares para comunicar ideas heréticas no acordes con la Iglesia establecida. El escritor contemporáneo Paul Huson piensa que originalmente era un signo mnemotécnico para la nigromancia y la brujería. Gertrude Moakley sostiene la ingeniosa idea de que los Arcanos Mayores tienen un origen esotérico y son solamente adaptaciones de las ilustraciones del libro de sonetos que Petrarca compuso para Laura; este libro se llamó *I Trionfi*, que se traduce por «los triunfos» o por «los engaños».

En los sonetos de Petrarca, cada uno de los personajes alegóricos lucha y triunfa sobre el anterior. Éste tema, muy popular durante el Renacimiento italiano, fue el argumento de muchas pinturas de la época. Estas figuras también se dramatizaron en procesiones que desfilaban por los castillos y pueblos en carretones acompañados por insignes caballeros. Estos carruseles son el origen de nuestros tiovivos y circos actuales, donde los niños juegan a caballeros montados en un maravilloso corcel, mientras los abuelos pueden hacerlo en un cómodo carro dorado.

La **figura 2** nos presenta el número siete del Tarot, El Carro, en una baraja del siglo xv diseñada por el artista Bonifacio Bembo para la familia Sforza de Milán. Estas elegantes cartas pueden contemplarse hoy en la Biblioteca Pierpont Morgan de Nueva York. Sobre un fondo dorado aparece un carro de plata tirado por dos hermosos corceles. Cabe resaltar que estos coches triunfales son

todavía parte importante de los festivales italianos y los corceles perduran en los caballitos de nuestros tiovivos.

De hecho, se sabe poco de la historia del Tarot o del origen y evolución de su denominación y el simbolismo de los veintidós Triunfos. Las innumerables hipótesis, visiones y revisiones no hacen otra cosa que confirmar una vez más su inmenso poder para activar la imaginación humana. Para el propósito de nuestro estudio, importa poco si se originaron por el amor a Dios de los albigenses o por la pasión de Petrarca por Laura; lo esencial de su importancia para nosotros es una emoción humana auténtica y transformadora. Parece ser que estas viejas cartas estaban inspiradas en la profundidad de la experiencia humana y en el nivel más profundo de la psique. A este nivel se dirige su discurso.

Dado que el propósito de este libro es el de aprender a usar las cartas del Tarot para contactar con este nivel de la psique, hemos escogido, para hacerlo, el Tarot más antiguo de los conocidos, el de Marsella. Puesto que los juegos de cartas son perecederos, el Tarot «original» ya no existe y los pocos remanentes de antiguas barajas que se guardan en museos no se corresponden con las actuales. Ningún Tarot contemporáneo puede por lo tanto considerarse auténtico. Sin embargo, la versión del Tarot de Marsella conserva, en general, el sentimiento y estilo de algunos de los diseños más antiguos. Hay otras razones para escoger el Tarot de Marsella; en primer lugar, el dibujo trasciende lo personal, no hay evidencia de que fuese creado por un

individuo, como lo son la mayoría de nuestras barajas contemporáneas; en segundo lugar, y otra vez a diferencia de la mayoría de Tarots modernos, nos llega sin libro de instrucciones, simplemente nos ofrece una historia en dibujos, una canción sin palabras que nos ronda como un viejo estribillo, evocando recuerdos enterrados.



Fig. 2. El Carro (Tarot Sforza)

No sucede así con las barajas modernas de Tarot, muchas de las cuales han sido pintadas por personas o grupos conocidos y suelen ir acompañadas por un libro de instrucciones en el que el autor trata de mostrarnos con palabras lo que no hayamos captado en las imágenes. Éste es el caso de los Tarots de A. E. Waite, Aleister Crowley, «Zain» y Paul Foster Case.

Aunque estos textos suelen presentarse como una aclaración de los símbolos de las cartas, su efecto real supera el de un libro ilustrado. Parece como si las cartas del Tarot fueran concebidas a modo de ilustración para ciertos conceptos verbales, en vez de mostrar cómo irrumpieron espontáneamente las cartas primero y el texto se inspiró en ellas después. En consecuencia, los personajes y dibujos de estas cartas parecen más alegóricos que simbólicos; el dibujo aparece como ilustración de conceptos verbalizados más que como sentimientos sugerentes e interiorizaciones (*insights*) que están más allá de las palabras.

La diferencia entre una baraja de Tarot a la que acompaña un texto y el Tarot de Marsella es sutil; pero es importante para nuestra aproximación al Tarot. A nuestro modo de ver, es la misma diferencia que existe entre leer un libro ilustrado y pasear por una galería de arte. Ambas son experiencias llenas de valor, pero de un efecto muy distinto; mientras el libro ilustrado estimula nuestro intelecto y nuestra capacidad de empatía conectándonos con los sentimientos y modos de ver de otro, el paseo por la

galería de arte estimula nuestra imaginación forzando nuestra creatividad para ampliar nuestra comprensión.

Otra dificultad que presentaría el estudio con otra baraja es que a algunas de ellas se les han añadido extraños símbolos prestados de otros sistemas, lo que supone una correspondencia exacta entre los Triunfos y otras teorías teológicas y filosóficas. Por ejemplo, en algunas barajas cada carta tiene asignada una letra del alfabeto hebreo, con la intención de conectar simbólicamente cada Arcano con uno de los veintidós senderos del Árbol de la Vida cabalístico. Y sin embargo no existe consenso acerca de qué letras hebreas pertenecen a cada Arcano. También se han añadido símbolos rosacruces, alquímicos y astrológicos. El nivel de conclusión reinante puede verse si contrastamos las ideas de Case, «Zain», Papus y Hall.

Como todo el material simbólico deriva de un nivel de experiencia común a toda la humanidad, es verdad que se pueden relacionar algunos de los símbolos del Tarot con otros de sistemas distintos. Pero eso que yace en lo más profundo de la psique y que C. G. Jung llamó el «inconsciente» es, como su nombre indica, *no*-consciente. Las imágenes no derivan de nuestro ordenado intelecto sino más bien a pesar de él, ya que se nos presentan de una manera carente de lógica.

Todo sistema filosófico es tan sólo un intento de crear un orden lógico para calmar el caos que procede del inconsciente, un intento de sistematizar las experiencias de este mundo no verbal. Es un enrejado, superpuesto si se